

relación, ya que —según él— la T. F. es una ciencia precaria y la sociología está en una perpetua búsqueda de su identidad. El panorama histórico de la mutua confrontación la reduce a tres etapas: una primera de colisión, seguida de la mutua coexistencia y, por fin, el tiempo del diálogo. Como consecuencias deduce: la necesidad de que la teología se defina con qué tipo de sociología debe dialogar, desconfiando de todo sincretismo precipitado y acrítico, y por último, no olvidar la dificultad que comporta esta confrontación por los principios epistemológicos y filosóficos subyacentes. En el cuerpo del artículo habla de tres desafíos: el de la sociología del conocimiento, el de la actitud antimetafísica de la nueva crítica y el de la sociología de la religión. El artículo deja unos interrogantes no resueltos: ¿hasta qué punto y en qué medida una determinada visión sociológica puede ser interpelante válido para la T. F.? ¿No habrá que despejar una serie de cuestiones y plantearlas a otro nivel previo? ¿No se oscurece lo específico de la T. F. al amontonar cuestiones propuestas por cada ciencia particular, identificándola de esa forma con un «cajón de sastre» donde todo cabe?

El último artículo de G. Groppo, estudia las relaciones entre Psicología y Teología. Es claro en la presentación del problema y de su complejidad. De los modelos de relación entre ciencias —jerárquico, utilización funcional y de diálogo interdisciplinar— escoge este último. Da por supuestos como positivos y necesarios una serie de hechos, entre ellos el «giro antropológico», y de ahí su definición de la teología como reflexión crítica de la experiencia de fe de la comunidad cristiana. La teología puede así homologarse con la psicología, operando ambas en un terreno común, la «experiencia de fe». Se expone así, a nuestro parecer, a un reduccionismo teológico —a nivel sólo de experiencia— que no es ámbito suficiente para la exposición completa de la fe, y que, si nos limitamos a la teología fundamental, lleva a plantearla en el terreno de la inmanencia.

En la mesa redonda final se pone una vez más de manifiesto las diversas tendencias a la hora de pensar el objeto y método de la T. F. En resumen un libro que permite conocer algunos de los problemas que condicionan la actual encrucijada en la Fundamental y ofrecer algunos criterios críticos de orientación, aunque estos deberían ser completados.

MIGUEL PONCE

Paul TOINET, *L'être et l'Eglise*. I. *Logique de la expérience ecclesiale*; II. *Les ontologies et la Révélation*; III. *La rationalité théologique*; Paris, Editions FAC, 1982, 200, 178 y 200 pp., 14 x 21.

El trabajo que aquí se comenta es la publicación de la tesis doctoral que el A. presentó en el Instituto Católico de París en 1976, y que obtuvo el premio Jean de Pange el mismo año. Se trata de un trabajo ambicioso con una construcción original que se muestra incluso en el modo de ser publicado. Paul Toinet publica su obra, que consta de unas 600 pági-

nas en tres volúmenes distintos, encabezados todos por el mismo título (*L'être et l'Eglise*) pero con diferente subtítulo. Es una forma, supongo, de dar a entender que se trata de tres campos muy acotados dentro de una misma totalidad: no tres partes que constituyen un todo, sino un todo cada una de cuyas partes constituyen una unidad más particular.

Toinet quiere colocarse frente al divorcio o conflicto entre pensamiento teológico y filosófico que data ya de antiguo, y encontrar la dirección por la que superar estas diferencias. La perspectiva en la que se sitúa conscientemente es la teología fundamental, y a este efecto considera la presente obra como una continuación lógica de dos obras suyas anteriores, sobre filosofía: *Existence chrétienne et Philosophie* (1965), y *L'Homme en sa vérité* (1968).

El libro I (*Logique de la expérience ecclesiale*) incluye la introducción general a toda la obra, para pasar después a ocuparse de establecer las condiciones necesarias para que un pensamiento teológico pueda «dar razón de la esperanza», es decir, de la Revelación confiada por Dios a la Iglesia. Para ello considera el A. que lo esencial es la misma autenticidad *cristiana* del pensamiento, autenticidad por la que éste es siempre actual. Después de situar la Revelación en la Iglesia y la Iglesia en la historia humana, analiza el momento existencial constitutivo del pensamiento creyente a partir de la Palabra de Dios. La estructura del libro se articula en cinco capítulos: «La comunicación del Espíritu» (I); «Una fidelidad profética» (II); «La comprensión de la palabra» (III); «La gracia y la institución» (IV); «El fiel y el lógico» (V). Cada capítulo, a su vez, se divide en numerosos epígrafes.

El libro II (*Les ontologies et la Revelation*) pretende realizar un estudio de esa particular relación que se da en la historia entre lo que la Sagrada Escritura revela sobre Dios y el hombre, y lo que las diversas filosofías han alcanzado con sus propios medios. Lo que el A. pretende, en definitiva, es hacer una revisión del modo como la relación entre fe y razón se ha dado en la historia, para acabar proponiendo la manera como esta relación debe darse en nuestros días. El libro consta de una introducción y cuatro capítulos: «La dispersión y la violencia» (I), sobre el pensamiento moderno; «La edad de los teólogos» (II), sobre la Edad Media; «La filosofía en busca de camino» (III), sobre la filosofía griega; y «El pensamiento del ser en la economía de la salvación» (IV), sobre la relación entre pensamiento y fe.

Finalmente veamos el libro III (*La rationalité théologique*). Es el que más se introduce en el terreno propiamente teológico, aunque conservando siempre la mirada puesta en el pensamiento moderno. Toinet se muestra convencido de que la verdad de la Revelación se gana o se pierde en el terreno de la cristología y del ecumenismo; por eso, al estudio del estatuto de ambos campos teológicos dedica este libro. Sobre ellos versan los cuatro capítulos que comprende: «La ontología y el misterio de Jesús» (I); «La cristología sufriente» (II); «La Palabra y la gloria» (III) y «Hacia la plenitud del Verbo» (IV). Concluye con un epílogo («La razón y el espíritu»).

A la hora de establecer un juicio de valor sobre esta obra en un escrito breve como es una recensión, necesariamente hemos de quedarnos

en las líneas generales, sin establecer las oportunas matizaciones que provendrían de una consideración más detenida de lo concreto. El plan de la obra es, ciertamente, ambicioso porque responde al designio de Toinet de establecer la adecuada relación entre pensamiento filosófico y teológico. El A. aborda la cuestión mediante un planteamiento original, no acostumbrado, que sabe buscar, entre las doctrinas, relaciones que habían pasado inadvertidas hasta ahora. Este planteamiento nuevo parece haber sido el objetivo primordial de Toinet, quien no ha querido realizar un estudio erudito (las notas son muy escasas: poco más de 120 en toda la obra) sino más bien, una «reflexión sobre lo que tenemos» realizada por un pensador creyente. Así se entiende la abundancia de cuestiones que en estos libros se abordan, cuestiones que el A. ve, de una forma o de otra, insertadas en su objetivo principal, que ya antes se ha descrito. Esto supone, en principio, una aportación de materiales para el lector, al que le facilita la tarea del juicio teológico sobre la fe y el pensamiento. Particularmente interesante e iluminador me ha parecido el diálogo del A con diversos teólogos a propósito de la cristología (Libro III, p. 57 ss.), así como el capítulo III del mismo libro (*La Parole et la gloire*) sobre el papel y la discusión moderna a propósito del lenguaje en teología. Este problema, el del lenguaje teológico, es, en efecto, uno de los más urgentes que la Teología tiene que resolver so pena de propiciar su propia desaparición.

Me cabe, sin embargo, alguna duda de que en la obra se logre en su totalidad el objetivo propuesto. Esto es explicable por varias razones, entre ellas la magnitud de la cuestión, magnitud que podríamos llamar histórica, ya que ha sido a través de los siglos como han ido apareciendo las múltiples facetas detectadas por muchos pensadores hasta el punto de no ser ya asunto fácil ni siquiera una historia de las relaciones entre fe y razón, y mucho menos solventar la cuestión. Por otra parte, el método que Toinet ha seguido le ha impuesto unas limitaciones concretas (a la vez, por supuesto, que le ha facilitado otros aspectos). La negativa a entrar en la historia, —por más que el libro II ofrezca algunas valoraciones de épocas determinadas, no es suficiente para constituirse como entramado histórico sobre el que apoyar el contenido doctrinal que en la obra se encuentra— dificulta el conocimiento de las verdaderas raíces y causas de los problemas a los que el A. se refiere. La consecuencia de ello es que el acercamiento a las cuestiones tal como actualmente se plantean —y esto sí que aparece con claridad en las páginas que comentamos—, va acompañado de una cierta dispersión al no aparecer con nitidez la unidad que, a nivel profundo, es decir, en la historia, tienen. De ahí que, a veces, la lectura de la obra produce la impresión, que no se corresponde con la realidad, de que se trata de una reunión de escritos diversos. Para obviarlo se hace necesario al lector un trabajo de reflexión y relación para hallar la unidad de la obra. Ese trabajo hubiera sido más fácil si Paul Toinet hubiera ofrecido a sus lectores una clave más detallada para situar y calibrar mejor cada uno de los aspectos que en su obra aparecen.

Una vez hechos los comentarios anteriores hay que concluir que *L'être et l'Eglise* es una obra de teología interesante, original y de mu-

cha actualidad. Su lectura reposada aporta datos, valoraciones e ideas fecundas y renovadoras en la línea de un teólogo fiel a la Iglesia y preocupado por el futuro del pensamiento cristiano.

CÉSAR IZQUIERDO

Jorge MEDINA ESTÉVEZ, *Señor, ¿quién eres tú?*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1983, 140 pp., 16 x 23,5.

Han transcurrido 400 años desde que se editó por vez primera en Salamanca el diálogo de Fray Luis de León, titulado «De los nombres de Cristo». Mientras que esta obra maestra del Siglo de Oro español ha encontrado un amplio eco en el campo de la crítica literaria, no puede decirse lo mismo acerca de su repercusión en el sector teológico. Al cabo de cuatro siglos, el Pro-Gran Canciller de la Universidad Católica de Santiago de Chile y miembro de la Comisión Teológica Internacional desde 1959, publica un libro que pretende recoger y continuar precisamente un tipo de exposición teológica y bíblica, iniciada por el célebre agustino.

El autor presenta una treintena de reflexiones espirituales acerca de otros tantos nombres o imágenes bíblicos referidos a Cristo. «Cada uno de esos nombres nos indica algo que el Señor Jesús es o nos da; algo de lo cual nosotros hemos menester» (p. 139). La finalidad de este libro es —como lo indica el mismo título— ayudar al lector, a través de una lectura meditada de los correspondientes pasajes de la Sagrada Escritura, a conocer mejor la Persona y la obra de nuestro Salvador, para poder así amarle más.

Con este fin, el autor va desgranando los principales textos bíblicos que ilustran el significado de cada uno de estos nombres. Son como pinceladas que van dibujando progresivamente el rostro amable de Cristo. El autor ha recogido gran abundancia de textos, tanto del AT como del NT, mostrando así su perfecta y armoniosa continuidad y unidad, y domina con maestría el arte de presentarlos de tal manera que el texto sagrado hable por sí solo.

Los comentarios del propio autor suelen ser escuetos: lo indispensable para ayudar al lector a entrar en resonancia con el texto en cuestión, permitiéndole así una meditación fructuosa. Normalmente hacia el final de cada una de estas reflexiones, y como consecuencia de ellas, se sugieren al lector algunas consideraciones de aplicación a la vida cristiana. Se nota en ellas el conocimiento profundo que tiene el autor de la situación actual de la Iglesia, y su amor por la Esposa de Cristo y por todos los hermanos en la fe.

Por el carácter eminentemente espiritual del libro, el autor prescinde de toda referencia bibliográfica. Es la misma Sagrada Escritura, llanamente propuesta, e interpretada en el seno de la Iglesia, la que va introduciendo al lector en el insondable misterio de Cristo.

Por feliz coincidencia, el libro se publica en este Año Santo de la